
LA EDUCACIÓN EN UN MUNDO DE MARIONETAS: EDUCACIÓN Y CONTROL SOCIAL EN LA UTOPIA DE B.F. SKINNER

Luis Felipe Jiménez Jiménez¹

Resumo

O romance utópico do psicólogo B. F. Skinner, *Walden Dos*, concebido como um meio para promover um novo modelo tecnológico de controle da conduta humana, constitui um dos principais paradigmas dos projetos sociais e educacionais contemporâneos. Sua adoção e adaptação em muitos dos setores mais poderosos do mundo ocidental conformam uma das provas contundentes da crise do humanismo e do fracasso dos ideais liberais. Assim, a presente análise tenta se interrogar sobre as condições de realidade nas quais foi possível pensar que tal utopia é realizável e desejável.

Palavras-chave: *Comportamentalismo; Humanismo; Utopia; Liberalismo; Skinner.*

Sugestión, violencia, dominación, intimidación, irreflexión, cobardía y cosas similares no desempeñan un papel de poca entidad (...). Pero haz cesar aunque sólo sea por un momento sus influjos y pon el negocio en manos de la razón, y verás al cabo de poquísimo rato que la humanidad empieza a gozar y encolerizarse, desconcertada, como locos, cuando afloja la vigilancia!

R. Musil, *El Hombre sin atributos*.

La habilidad del psicólogo norteamericano Burrhus Frederic Skinner (1904-1990) se basó fundamentalmente en su capacidad para asumir, desde un principio y con total claridad, los argumentos de sus posibles atacantes, así como las posiciones desde donde vendrían tales ataques. Sabía de antemano que se le llamaría fascista, comunista, autoritario, etcétera. Su única novela, *Walden Dos* (1948¹), ha sido catalogada por muchos de sus críticos como la “utopía de la virtud condicionada”, en la que se relega al hombre al nivel de un ser bruto e irreflexivo. Otras críticas consideran que en su novela se niegan los atributos centrales del hombre –libertad, autonomía, responsabilidad, racionalidad–, con lo que vacía a la vida moral de todo significado. Así, según el punto de vista, puede decirse que, en el mejor de los casos, los habitantes de *Walden Dos* son comprendidos como niños inocentes; en el peor, se les ve como zombis.

En ese sentido la mayoría de los críticos han señalado el proyecto skinneriano como un proceso de deshumanización en el que los hombres olvidan la dignidad y la posibilidad de ser tratados como personas. En contra, tales críticos consideran que frente a un mundo de cuerpos bien controlados que sólo emiten respuestas físicas a refuerzos secretos, quizás el mayor contraste o el mayor extrañamiento sea la sorprendente fuerza de resistencia que mantienen los valores que se quieren destruir. Después de todo, en tales condiciones, cualquier hombre educado en la vieja tradición humanista preferirá morir antes que ser conducido como ganado.²

Y evidentemente, Skinner declaró en su momento: “La hipótesis de que el hombre no es libre es esencial para la aplicación del método científico al estudio de la conducta”³. Rematando de este modo: “Lo que está siendo abolido es la autonomía del hombre –el hombre interior, los homúnculos, el hombre poseído por el demonio, el hombre defendido por la literatura de la libertad y la dignidad. Su abolición se ha tardado ampliamente [...]”⁴. Frazier – el protagonista de la novela –, en respuesta a su objetor Castle, le dice fríamente: “Niego rotundamente que exista la libertad. Debo negarla [...] pues de lo contrario mi programa sería totalmente absurdo”⁵.

Así, el cargo más frecuente contra las tesis de Skinner, junto a las de otros conductistas, es que él deshumaniza al hombre estudiándolo como algo que no fuera esencialmente diferente a los perros, los gatos, los cerdos y las ratas. Pero en este orden de ideas, Skinner se adelantaba a esta opinión, pues como es obvio, no dejaba de reconocer las diferencias subyacentes entre el hombre y los demás animales. Diferencias que eran cruciales para su tesis, a fin de cuentas, su meta se dirigía al estudio objetivo

¹ Doctor en Filosofía Y Ciencias de La Educación, Universidade Complutense de Madrid (España). Abogado, Universidad Libre de Columbia. Filósofo, Universidad Colegio Mayor del rosario (Columbia). Docente-Investigador de La Unidad Académica de Filosofía de La Universidad Autónoma de Zacatecas. E-mail: lufenez@botmail.com

Recebido para publicação em: 14.06.2011

Es un hecho que ante el avance desmesurado del conocimiento científico, en la actualidad la mayoría de los hombres desconfían de sus alcances y temen llevarlos hasta sus últimas consecuencias; siempre ronda la sospecha de que los científicos pretenden querer ser como dioses.

de la conducta humana: “el hombre es más que un perro, pero como un perro está dentro del rango de un objeto susceptible de análisis científico”.⁶

En este punto, la crítica humanista se muestra intranquila y no puede evitar ponerse a la defensiva. En efecto, el comportamiento del individuo conforma un espacio “sagrado” de la vida humana, a la vez que determina la conciencia de su preservación frente al examen de las ciencias. Ciertos valores, concebidos como los más excelsos de la cultura occidental—libre voluntad, espontaneidad, creatividad—, se ven amenazados por la intervención de las ciencias en la conducta humana. Es un hecho que ante el avance desmesurado del conocimiento científico, en la actualidad la mayoría de los hombres desconfían de sus alcances y temen llevarlos hasta sus últimas consecuencias; siempre ronda la sospecha de que los científicos pretenden querer ser como dioses.

Contra estas intenciones de algunas élites intelectuales, la sociedad ha generado siempre cierto mecanismo de defensa. Desde mediados del siglo XIX, la sociedad civil sabe que es mejor no alcanzar aquel conocimiento, ya que éste puede caer en manos inescrupulosas que en cualquier momento podrían actuar en su contra. Aunque, también es cierto, que las atrocidades a las que la humanidad llegó en la Segunda Guerra Mundial pueden ser atribuidas a una falta de decisión y de instrumentos por parte de la sociedad civil para evitar los despropósitos que concibieron los líderes políticos y los propietarios de la ciencia y la tecnología. De manera que a pesar de que se pudiera demostrar que la idea de libertad humana es una ilusión, al mismo tiempo se percibe en ella una causa de felicidad, es decir, asumimos la libertad como una ilusión necesaria para preservar la especie, convirtiéndose de ese modo en un instrumento contra cualquier intento de control tiránico.

Por su parte, Skinner arguye que el concepto liberal de libertad individual, lejos de preservar dicha forma de libertad frecuentemente sacrifica al individuo por fuerzas que éste ignora y sobre las cuales no tiene control. Enfatiza cómo desde un concepto negativo de libertad—libertad desde el constreñimiento o desde el control—, el liberalismo ha sido incapaz de ver el alcance de lo que significa abandonar lo individual a otros aspectos del desarrollo con formas del poder de control mucho más siniestras. La tarea histórica del liberalismo ha sido la de defender las libertades individuales a partir del control de las agencias represivas—el estado, la iglesia, la familia. Habiendo cumplido más o menos con esto, el liberalismo asume que lo que hace es para el mantenimiento de la libertad “natural”, una libertad concebida en términos asociales. Mas esto, según señala el psicólogo norteamericano, es una ingenuidad pues, “un gobierno permisivo es un gobierno que deja el control a otras fuentes”.⁷

Y, efectivamente, en este aspecto no se le puede negar la razón a Skinner, cuando dice que al alejarse del control, lo único que se hace es traspasarlo a otros: “[...] El curandero, el demagogo, el vendedor, el político, el fanfarrón, el embustero, el educador, el sacerdote... Todos los que ahora están en poder de los secretos de la ingeniería de la conducta”.⁸

También podemos estar de acuerdo con Skinner en considerar que el liberalismo fue una utopía del siglo XIX, y que con el cambio de circunstancias del siglo XX, en todos los órdenes, — en especial con el crecimiento de las instituciones masificadas que debilitan a las tradicionales esferas de autoridad —, lamentablemente muestran su anacronismo. Sin duda, todo esto ha evidenciado al humanismo como un ideal irrealizable o como una terca ceguera con la que se pretende mantener vigente un ideario fracasado frente al avance imparable de las nuevas fuerzas sociales que forman la vida actual de los hombres.

El liberalismo se ha debilitado, sobre todo por la falta de una teoría *positiva* del control de la conducta: lo que en el lenguaje de Skinner se denomina el “control aversivo”, consistente en refuerzos negativos (amenazas y castigos), da a su vez forma al “control no aversivo” usando refuerzos positivos en forma de premios e incentivos. Muchos de los aparatos de control social (distintivos del siglo XX) se apoyan en técnicas de refuerzo positivo: la propaganda persuasiva de los gobiernos y los partidos políticos, el desprestigio solapado de los adversarios, la blandura “permissiva” en la educación moral de los jóvenes, los métodos de control “sutil” en las escuelas, hospitales mentales y prisiones. Los agónicos debates acerca de la censura o el uso del lenguaje “políticamente correcto” —a través de la televisión y la prensa— en toda la sociedad occidental, atestiguan las dificultades que el liberalismo encara en concordancia con estas agencias de control positivo.

Skinner muestra dos consecuencias de esta debilidad de la filosofía liberal. La primera es que el liberalismo no ha sido capaz de convenir adecuadamente con la situación del “esclavo feliz” —un predicamento característico de la modernidad. Quizá porque no tiene el vocabulario o los conceptos necesarios para

adecuarse a las formas de conducta determinadas por los premios y los castigos. El liberalismo ha sufrido frecuentemente de miopía en sus juicios sobre las prácticas implementadas a lo largo de su dominio político, económico y moral sobre el mundo, hecho que lo ha llevado a vivir consecuencias muy desagradables tanto para el individuo como para la sociedad.

Así, por ejemplo, el psicólogo de Harvard destaca cómo la política liberal práctica permite aceptar felizmente un sistema de pagos a los campesinos norteamericanos para *no* aumentar la producción de alimentos, inclusive sometiéndolos a una completa (por no decir irracional) posición de dependencia respecto al estado. En la industria se promete un sistema de incentivos de pagos por pieza de trabajo, un sistema aparentemente aceptable tanto para gerentes como para trabajadores. El fondo de este hecho muestra que la “rutina de refuerzo” puede ser manipulada de tal forma que se puede conseguir un gran convenio de trabajo por relativo poco pago, con lo que el patrón logra explotar a los trabajadores en forma absolutamente amplia, gracias a la anuencia voluntaria de ellos mismos, (véase así el caso de ciertos hipermercados de cadena que pretenden asegurar la obediencia de sus trabajadores, quitándoles tal rango y declarándolos “asociados”). Un ejemplo más escandaloso puede ser aquel que ocurre en los penales, donde se continúa la tradición de invitar a ciertos prisioneros a someterse como conejillos de indias a experimentos médicos —por ejemplo, drogas nuevas— a cambio de mejores condiciones de vida o de reducir los términos de las condenas.

En todos estos casos, los individuos son dirigidos —perfectamente felices— a perseguir sus modos de conducta. Este es el modelo del “esclavo feliz” que se plantea como ideal del hombre contemporáneo. El refuerzo positivo tiene su efecto esperado. Pero, en últimas, las “consecuencias del control aversivo diferido” son llevadas del hogar a lo individual, y cada individuo las sufre de acuerdo a su relación inicial con el hogar, de manera positiva o negativa. Por tanto, el problema es, según anota Skinner, que el liberalismo no tiene nada qué decir sobre cómo evitar estas situaciones o cómo alertar a la gente contra ello. “La literatura de la libertad ha sido diseñada para hacer a los hombres “conscientes” del control aversivo, pero ha fallado en su elección de métodos para rescatar al ‘esclavo feliz’”⁹

Desde posiciones teóricas muy opuestas a la de Skinner se ha llegado a conclusiones similares sobre el fracaso del liberalismo. Especialmente en los años sesenta, el filósofo perteneciente a la tradición crítica de la Escuela de Frankfurt, Herbert Marcuse, en el *Hombre Unidimensional* (1968),¹⁰ enfocaba la debilidad del liberalismo en resolver tal situación, donde las víctimas de la explotación y alienación han llegado a ser prisioneros voluntarios del sistema: hombres felices en su cautividad e incapaces de ver los barrotes de la prisión. En todo análisis de la sociedad masificada moderna hay claramente una necesidad de percibir las cosas de esta forma; y esto nos permite relacionarla con Skinner, pues al ver éste en el capitalismo una ruta poco prometedora y muy individualista, llegó a las mismas conclusiones y a la misma crítica de la teoría social liberal que la más convencional y equipada tradición marxista. A favor del psicólogo de Harvard, puede decirse que su teoría es una tesis dirigida a resolver la crisis

del liberalismo y del humanismo, lo cual no significa de ningún modo que tal propuesta sea la mejor.

LA IMPRESCINDIBLE NECESIDAD DE CONTROL

El segundo punto observado por Skinner se refiere a lo que se ha hecho con la variedad de técnicas “progresistas” y “permissivas” corrientemente practicadas en muchas instituciones sociales. El psicólogo se refiere a técnicas como el “método socrático” en educación, el método psicoanalítico en terapia, o la “autoayuda” en muchos centros psiquiátricos. Estas prácticas son acogidas e impulsadas por los sectores sociales más liberales. En ellas no se mezcla un control con otro o se intercambian, sino que depende del éxito conseguido con una de tales prácticas sobre los individuos mismos, las cuales recaen sobre sus propias cualidades innatas de curiosidad, ingeniosidad y resistencia. Todo depende de la ayuda que los individuos se brindan a sí mismos para aprender o para ser hombres buenos; se utilizan los recursos —personas y cosas— que proporciona el desarrollo, pero no son controlados por ellos.

Por el contrario, según Skinner, tales técnicas representan “camino erróneo de control social”. La razón por la que esto no se ha visto en su dimensión real, es que muchos de los controles desarrollados tuvieron lugar en el pasado y el individuo ahora parece estar determinando sus propias reacciones. La práctica exitosa de ciertas técnicas lleva a dirigir la atención hacia ciertas consecuencias de conducta, y estas mismas dependen del aprendizaje prioritario tanto como para generalizar desde la experiencia las consecuencias.

Si un niño aprende “por sí mismo”, se debe en parte porque comprende que “esto que aprende” es lo que debe ser enseñado, lo cual seguramente es el resultado de un buen diseño en el desarrollo de su hogar —es decir, el control a través del refuerzo. Un simple desarrollo oculto, donde se añade la conducta aprendida a su pasado almacenado, es suficiente para producir la respuesta deseada. De manera más obvia, en la relación analista-paciente, formas de control muy sutiles son ejercidas todo el tiempo, a pesar de hacer creer lo contrario de lo que cree el paciente y, en ocasiones, de lo que cree el propio analista. Simplemente consiste en que el analista está reforzando y determinando cuidadosamente a su paciente. Como Skinner dice: “la aparente libertad respetada por débiles medidas es simplemente un control poco llamativo. Cuando nosotros queremos controlar a una persona, simplemente elegimos un modo de control respecto a otros” [...]¹¹.



Y más adelante añade:

El error fundamental hecho por todos aquellos que eligen métodos débiles de control es que creen que el balance del control se deja en manos de lo individual cuando, en realidad, es dejado a otras condiciones. Las otras condiciones son frecuentemente difíciles de ver, pero igual siguen siendo desatendidas y se le atribuyen sus efectos al hombre autónomo a fin de acortar el desastre. Cuando las prácticas son ocultadas o disfrazadas, el contra-control se hace más difícil; no hay claridad de a qué se debe escapar o a quién hay que atacar.¹²

En efecto, muchos individuos, al contrario del “esclavo feliz”, no están contentos con su suerte. En estos individuos su sentido de lo que se debe hacer y cómo cambiar las cosas, puede llegar a confundirlos hasta el punto de reducir su actitud a una indefensa apatía. Si ellos llegan a actuar, su actuación recuerda a la de aquellos (a los resentidos sociales o los impotentes o reprimidos sexuales), quienes en su frustración queman hasta los cimientos, para consternación y desconcierto del bando liberal. Y precisamente, es en tal insatisfacción individual que ha generado el liberalismo, donde Skinner identifica una de las causas de la creciente violencia social contemporánea.

Con todo, es importante destacar que la crítica de Skinner a la filosofía liberal no es simplemente un ejercicio destructivo. Esta crítica juega una parte clave en el establecimiento de las premisas de su conducta utópica, la cual consiste en que el control es omnipresente en la vida de los individuos, por lo que debemos asumirlo y usarlo para fines deseables. Pues pensar que podemos evadir o escapar al control, como lo esperan los liberales, no es meramente una desilusión, sino armarnos de las precauciones necesarias para asumir la tarea de hacer un mundo mejor.

La literatura de la libertad ha impulsado el escape de o el ataque a toda forma de control. Esto ha hecho a toda indicación de control aversivo [...] El control es claramente lo opuesto a libertad y si la libertad es buena, el control debe ser malo[...] Pero el problema para los hombres libres no es el control, sino cierto tipo de control [...] Aunque la tecnología ha liberado a los hombres de ciertos hechos aversivos del desarrollo, ésta no lo libera del desarrollo. Nosotros aceptamos el hecho de que dependemos del mundo que nos rodea, y simplemente cambiamos la naturaleza de la dependencia. En la misma forma, para hacer el desarrollo social tan libre como sean posibles los estímulos aversivos, no necesitamos destruir aquel desarrollo o escapar de éste; necesitamos rediseñarlo.¹³

Se puede decir que éste es el argumento más persuasivo de Skinner. No se trata simplemente de combatir el *laissez-faire* de los liberales, sino también el “conservatismo filosófico” que pone su confianza en la “intimación de la tradición”. Tanto

liberales como conservadores se oponen a la intervención y a la interferencia en el desarrollo social, abandonando al hombre a las fuerzas ciegas de la historia sin que haya allí ninguna valoración del hacer humano. Skinner opone a esta filosofía del activismo incesante, la intervención incesante en la vida de la comunidad. Cualquiera sea el lugar donde se encuentre alguien ubicado, quiérase o no, el control total sobre cada uno permite hacer de la necesidad una virtud; no se debe temer al control sino hacer de él una ciencia para el aprovechamiento de la condición humana. Es aquí, en esta ilimitada confianza en el poder humano para reformar el mundo – tal como en cualquier plan detallado de un nuevo orden social –, que la utopía de Skinner brilla con más fuerza.

De este modo, lo más interesante del proyecto de Skinner, *Walden Dos*, es que éste falla precisamente en el punto donde abandona su actitud radical experimental para controlar la conducta. Él hace esta crítica en la esfera política. Las ideas acerca de la familia, la educación y el trabajo son en muchos casos, si se puede decir, “sanos” y vienen siendo experimentados en diferentes medios. Ellas forman en cualquier caso parte del pensamiento de muchas corrientes radicales de filosofía social y están siendo puestas en práctica en varias comunidades experimentales con tanto éxito como el ideado en el plan “piloto” que es *Walden Dos*. Ha sido aplicado en comunidades relativamente

“abiertas”, como en los *kibbutz*, en Israel, cuyo éxito corrobora la aplicación de algunas de estas ideas. Pero cuando el control del diseño experimental se mantiene en las manos de una oligarquía que se autoperpetúa -como en *Walden Dos*-, siempre permanece la sospecha de que aquello que se está observando es la conducta de verdaderas piezas de relojería.

Si se acepta que la educación del niño y la organización del trabajo podría ser una materia de diseño de la conciencia, el cual no debe ser dejado a la ocasión o al capricho individual, queda siempre abierta la posibilidad de establecer un mejor método de control del desarrollo. Pero para hablar directamente del método de un directorio controlador o una élite, Skinner sintetiza su teoría en una suerte de *terrible simplificación* que, como en la Francia jacobina, podría traer en la práctica consecuencias desagradables e incontrolables.

Es decir, todo esto va directamente en contra de la gran empresa experimental de Skinner. En la memoria del hombre occidental se conserva una larga lista de ejemplos de diferentes formas y cadenas de reglas, desde las propias de la democracia directa en las ciudades-estado de la Grecia clásica, hasta las de la

democracia representativa de las sociedades liberales modernas, pasando por los numerosos esquemas de auto-administración y gobierno por comités que serán representados en muchas esferas de la industria y la planeación urbana. Hay aquí, como en la totalidad de la tradición de la teoría política de Occidente, una riqueza de experiencias históricas que Skinner, en su momento, debió haber considerado como las más efectivas formas para alcanzar un desarrollo planificado. Sin embargo, su aproximación general—pese a lo que algunos críticos destacan—no lo desafiaron a buscar una solución totalitaria¹⁴. Mas, ciertamente, mantuvo en su obra un radical desprecio por los políticos —y por la historia—, ignorando enteramente estos espacios de conocimiento y de la experiencia humana.

Sin duda no hay nada en la realidad social como *Walden Dos* —ni siquiera el experimento inspirado directamente en ese modelo: caso Twin Oaks (aún vigente hoy)¹⁵, llega a estar cercano a ese ideal—, pero hay allí una multitud de esquemas de los que diferentes organizaciones y disciplinas se han apropiado de una forma más fragmentaria. Las técnicas de condiciones operantes han sido aplicadas exitosamente en escuelas de los Estados Unidos, especialmente en las áreas de aprendizaje de lectura y escritura (Skinner patentó una “máquina maestra” para este fin). También han sido puestas a trabajar en prisiones, en hospitales psiquiátricos, en escuelas para adolescentes delincuentes, en comunidades de salud mental y, en pequeña escala, en factorías y oficinas. Su ejemplo se ha irrigado desde las escuelas de psicología hasta las prácticas sociales más innovadoras a lo largo y ancho del mundo occidental. En cada caso, se pretende cambiar o confirmar actitudes y conductas por medio del uso de refuerzos técnicos. Los reportes norteamericanos, casi nunca tenidos en cuenta por los sistemas de control latinoamericanos al momento de adoptar sus métodos (salvo ahora que el conductismo parece ser desplazado por una nueva moda, la del *constructivismo*), indican un modesto grado de éxito, pero revelan también que la “modificación de la conducta” alcanzada es solamente temporal, y que las regresiones tienen lugar cuando los individuos son liberados del control de la institución.

EL CONTROLADOR CONTROLADO

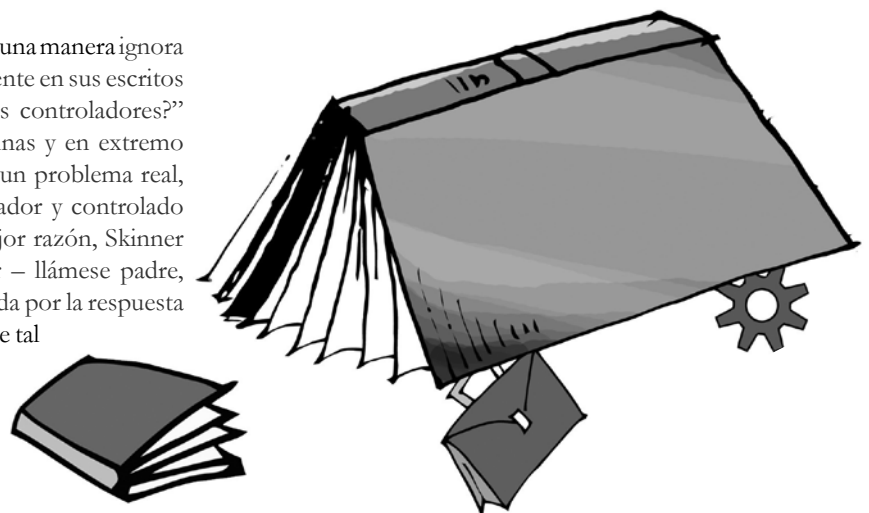
Desde otro punto de vista, Skinner de ninguna manera ignora el asunto del control autoritario. Frecuentemente en sus escritos propone la pregunta: “¿quién controla a los controladores?” Las respuestas que brinda son, por tanto, finas y en extremo evasivas. En un momento señala que no es un problema real, en la medida que la “relación entre controlador y controlado sea recíproca”. Pero por alguna rápida y mejor razón, Skinner presupone que la conducta del controlador —llámese padre, maestro, empleador o sacerdote— está formada por la respuesta del controlado —niño, pupilo o trabajador— de tal forma que “en un sentido muy real, el esclavo controla al amo, el niño al padre, el paciente al terapeuta, el ciudadano al gobernante, el oyente al orador, el empleado al empleador y el estudiante al maestro”¹⁶.

Cualquier verdad que haya en este punto —y la hay claramente— ha sido sin duda explorada por otros autores con mucha más profundidad, especialmente por Hegel¹⁷ en su teoría sobre la relación Amo-Esclavo; pero en ningún caso desde esta perspectiva puede afirmarse que el poder último del controlador queda de ese modo abolido. Además desvirtúa la dinámica de la dialéctica hegeliana atravesada por la “lucha” que genera el espacio para que los contendientes cambien sus posiciones, construyan su conciencia y de esa forma realicen su libertad.¹⁸

Por el contrario, Skinner sostiene que el problema del control es el de la naturaleza de la cultura como totalidad, así que en una cultura diseñada apropiadamente, el controlador provee su propio freno. Siendo así tan transparente, perdona los cuestionamientos sobre el poder —eludiendo algo tan evidente como que los planeadores preparan a sus propios sucesores—. Con tal idea se rehuye considerar los grados por los cuales los fundadores de la sociedad encuentran sus sucesores formándolos o buscándolos aproximados a su propia imagen. La idea general consiste en que subsecuentes controlados puedan ser subsecuentemente controladores, pero lo más importante, la sociedad entera es así necesariamente ya que la concepción original y el diseño que le han dado los fundadores no permite que sea de otro modo. Como se puede ver, la sociedad que imagina Skinner vive en una “jaula de oro”, pero dicha jaula por bella y cómoda que sea no deja de ser una prisión.

El líder espiritual, en la novela *Walden Dos*, Frazier, adopta un número de intrincadas estrategias en respuesta a las críticas de Castle. La debilidad de su tesis consiste en querer negar que el problema del control se dirija a la obediencia total del individuo y de la sociedad.

Podemos establecer una especie de control bajo el cual el controlado, aunque observe un código mucho más escrupulosamente que antes, bajo el antiguo sistema, sin embargo se *sienta libre*. Los controlados hacen lo que quieren hacer y no lo que se les obliga a hacer. Ésta es la fuente del inmenso poder del refuerzo positivo. No hay coacción ni rebeldía. Mediante un cuidadoso esquema cultural, lo que controlamos no es la conducta final, sino la *inclinación* a comportarse de una forma determinada [...] Los motivos, los deseos, los anhelos.¹⁹



Así, pues, se hace fuertemente sospechosa esta imagen de “alegres marionetas” con la que Skinner, en la mayoría de sus opiniones, por lo menos en apariencia desprecia tanto como cualquier humanista. Sin embargo, el ejercicio de la virtud pierde mucho de su eficacia cuando ésta no es pensada concisamente ni comprendida completamente. Dicho de otro modo, un principio de “buena conducta” dejado al practicante sin esperanza, se pierde cuando es confrontado con nuevas situaciones y nuevas contingencias. Recordemos el papel del cristianismo en este caso: legó como herencia pedagógica a la sociedad la necesidad de una finalidad, esto es: sin promesa de salvación —de Paraíso— no vale la pena todo el esfuerzo que hace el creyente para salvarse; y los revolucionarios más radicales lo saben igual, sin el anhelo de un mundo diferente no se justifica todo el esfuerzo, los sacrificios y hasta las muertes que debe ejercer una sociedad o un grupo de hombres para hacer posible ese ideal. Por el contrario, el cambio de la conducta de los hombres, para que sean simplemente “buenos”, en términos de Skinner, requiere de un mundo inmóvil, sin cambios, sin angustias ni anhelos.

EL CULTO A LA EFICIENCIA

En esta forma, después de atacar algún aspecto fuertemente vicioso de las prácticas contemporáneas de la “democracia” —que el reticente Castle encuentra difícil de rebatir— Frazier vuelve a la defensa real de la política de Walden Dos. Esto es, simplemente, que el negocio de los Planificadores y Administradores es en muchos sentidos una ciencia o una técnica, comprendida como lo que se sabe de un motor a chorro o sobre el motor de un auto. No hay necesidad de un mecanismo especial, como ocurre en las democracias convencionales, para que la gente exprese sus elecciones o sus agravios.



En *Walden Dos* nadie se preocupa por el gobierno a no ser aquellos a los que se les ha asignado tal preocupación. Defender que todos debieran interesarse, parecería tan fantástico como afirmar que todos deberían saber cómo funcionan los motores Diesel. Estoy convencido de que incluso se piensa poco en los derechos constitucionales de los miembros. Lo único que importa es la felicidad cotidiana y el futuro asegurado. Cualquier infracción en este sentido, sin duda, “sublevaría al electorado”.²⁰

El inevitable corolario de esta utopía es el siguiente: “Conforme avanza la tecnología gubernamental, cada vez es menor el área de iniciativas de los gobernantes, algún día no necesitaremos de Planificadores.



Nos bastará con los Administradores”.²¹ Esto es tan claro, como que nos hemos familiarizado cada vez más con ello. Es la puesta en práctica del viejo principio del despotismo benevolente, renovado en el siglo XIX bajo el título de “gobierno de los expertos” y afirmado a finales del siglo XX con las propuestas neoliberales de “más administración, menos gobierno”.²² El propio Skinner en varios lugares se siente complacido con esta designación.²³

Según las declaraciones de Skinner, el centro de su propuesta se basa en tomar la estructura evolutiva como núcleo de su ciencia de la conducta. La conducta es seleccionada (refuerzo) de acuerdo a su éxito en reunir los desafíos del desarrollo. Los sentimientos de aprobación y desaprobación y la concepción del “bien” y del “mal”, se observan para ser relacionados con el éxito de la evolución: “Las cosas son buenas (refuerzos positivos) o malas (refuerzos negativos) presumiblemente por las contingencias de supervivencia bajo las cuales la especie se desarrolla”.²⁴ Todos los refuerzos derivan eventualmente de este poder de selección evolutiva.

Esta estructura darwinista es aplicada al problema del “control de los controladores”. La última razón por la cual los controladores no caen dentro de las viejas formas de corrupción y despotismo es porque de hacerlo, condenarían a sus comunidades a la extinción, en medio de la lucha competitiva con otras comunidades. Si, dice Frazier, los Planificadores ignoraran el bien de la comunidad al perseguir sus propios intereses, “la cultura será paulatinamente reemplazada por culturas competitivas que trabajen con mayor eficacia. Nuestros Planificadores no lo ignoran. Saben que la usurpación del poder debilitaría a la comunidad como tal, y eventualmente destruiría todo esfuerzo”.²⁵ De este modo, Skinner sólo reafirma su declaración de que “la supervivencia es el único valor por el cual una cultura será eventualmente juzgada, y cualquier práctica que la haga avanzar, tiene por definición a la supervivencia como valor”.²⁶

El criterio de supervivencia puede ser o no el mejor criterio para juzgar el éxito de una cultura, aunque en un sentido muy obvio debe ser uno de los aspectos a tomar en cuenta. El punto es que Skinner lo designa dentro de su utopía como el mejor de los fines y lo eleva por encima de cualquier otro. El psicólogo de Harvard no reconoce que la finalidad más importante de Walden Dos sea la de que la especie humana esté probablemente teniendo su última oportunidad para sobrevivir, en gran parte porque su recuento del proceso evolutivo es muy deficiente, lo cual es una falla grave, pues es allí donde radica la base de sus requerimientos de supervivencia.

Hay una clase de moralidad tanto en la evolución biológica como en la cultural. La evolución biológica ha hecho una especie más sensible a su desarrollo y más hábil para convenir con esto. La evolución cultural fue posible gracias a la evolución biológica, y ésta ha llevado al organismo humano bajo un control más radical del desarrollo.²⁷

De este modo, supervivencia y control están inextricablemente conectados. La supervivencia es una función de una cada vez más concisa y planeada intervención en el desarrollo social, así como de una conducta cada vez más dirigida por el control racional. Aquello que Skinner no reconoce consiste en que, mientras

la intervención es, en general, tanto necesaria como deseable cuando actúa sobre la forma y la sustancia de algún tipo de élite, secta o grupo minoritario, en cambio significa el suicidio para una sociedad. Pero como es imposible escapar del egoísmo o las intenciones corruptas de las élites – ya que es imposible salir de la lógica de la situación en que éstas se encuentran o que han creado ellas mismas –; han de aprovecharse todos los valiosos recursos del conocimiento y de la energía humana en una sociedad dada para conseguir que sea más eficiente en su adaptación a su desarrollo “corriente”, tanto social como físicamente.

Y sin duda, así debe ser, porque si en el desarrollo de sociedades competitivas, una élite demasiado benevolente fracasa en el aprovechamiento de sus recursos y de sus conocimientos, podría estar invitando a otras sociedades a castigarla y quizá a conquistarla; o bien, puede estar propiciando a la rebelión de sus miembros. Por ello, todas las presiones se dirigen a conseguir una más alta eficiencia en la exploración de las corrientes de desarrollo. Los modelos de conducta que no observen este fin, por lo tanto, que son “ineficientes”, deben ser eliminados.

Pero semejante eficiencia se logra en el presente al costo de la rigidez en la forma de enfrentar el futuro. Las sociedades y las especies más exitosas se adaptan a las corrientes de competencia; el menor almacenamiento de diversidad las preserva para encontrar futuras contingencias. La evolución requiere tanto adaptación como adaptabilidad, la una para el éxito en el presente, la otra para el éxito futuro. No hay forma de anticiparse al desarrollo futuro. Lo único cierto es que el presente cambiará. Esto puede ser, en sentido estricto, no “planeando para el futuro”, sino planeando solamente en términos de corrientes de realidad y corrientes de conocimiento, es decir, dentro de un porvenir relativamente predecible desde las experiencias y tradiciones vividas por la comunidad –dentro de lo probable–, nunca bajo formulaciones absolutas y deterministas.

Frente a un desconocido futuro, la única esperanza yace en preservar tantas variedades de prácticas y pensamientos como sean compatibles con las corrientes de supervivencia. Con otras palabras, si no se preserva la cultura como una práctica social, en el sentido de conservar lo mejor de la tradición y de lo que se ha construido a partir de sus “ideas maestras” o de sus creencias más valoradas (por ejemplo: libertad, igualdad y dignidad), difícilmente se podrá llegar a una o varias respuestas satisfactorias ante las posibles alteraciones sufridas por la sociedad en su proceso de desarrollo.

Mas en la actualidad, semejantes prácticas son necesariamente ineficientes e “irracionales”, y como tales, anatemas para las élites tecnocráticas. Hay, por lo tanto, una tendencia persistente en una sociedad gobernada por una élite racionalista, a suprimir o eliminar tales prácticas. Con cada supresión, las especies o las sociedades se lanzan a lo nuevo en medio de un trayecto de extinción, sin pasado, sin historia, sin territorio, vulnerables a las afecciones de la novedad del presente y a la velocidad de lo inmediato.

La variedad debe ser nutrida tanto en la naturaleza como en la sociedad. Pero la respuesta de Skinner a este respecto muestra la estrechez de su concepción sobre el proceso evolutivo.

La evolución requiere tanto adaptación como adaptabilidad, la una para el éxito en el presente, la otra para el éxito futuro. No hay forma de anticiparse al desarrollo futuro. Lo único cierto es que el presente cambiará.

Es verdad que los accidentes han sido responsables de casi todo lo que los hombres han alcanzado hasta la fecha, y ellos no dudarían en continuarlos para contribuir al perfeccionamiento humano, pero *no hay virtud en un accidente como tal. Lo no planeado también es un error [...]* Si se tiene en cuenta la variedad, no se tendrá que caer en el accidente. Muchos accidentes culturales han sido marcados por la uniformidad y la reglamentación [...] *La única esperanza es la diversificación planeada, en donde se reconozca la importancia de la variedad.* ²⁸

No obstante, Skinner cree que la conciencia humana puede aprovecharse de la naturaleza en la producción de “accidentes”: “La ciencia de la conducta no confina al individuo a las rutinas de refuerzo que ocurren en la naturaleza, él por sí mismo construye una gran variedad de rutinas, algunas de las cuales nunca deben tomarse por accidentes”.²⁹ Dicho en otra forma, la diversidad podría ser sometida a una conciencia moldeada por las acciones deliberadas de una élite ilustrada.

Tanto la debilidad de la psicología de Skinner como su comprensión del cambio social se evidencian en este punto. No tiene en cuenta el capricho y la arbitrariedad, desconfía del puro desorden, inherente a la creatividad humana y a la inventiva. El “cambio planeado” es una contradicción absurda. Si algo es planeado en ello se refleja una corriente de pensamiento y una práctica; aquello que se entiende como “planeado”, representa el interés por dominar desde el pasado el futuro. En ningún sentido puede decirse que se ha traído algo nuevo –*un cambio*– dentro del mundo. Si los Planificadores de Skinner hubiesen controlado la sociedad humana en sus primeros tiempos, es probable que nos hubiéramos quedado estancados en algún momento determinado de la evolución. Sin duda, una sociedad específica hubiera perfeccionado las técnicas de ese determinado estado de evolución hasta las últimas consecuencias –tanto, que la propia evolución no hubiera cambiado a los hombres lo suficiente; inclusive se conservarían casi intactos como para destinarlos a ser un tipo de fósil de alguna especie perdida. Al no conocer otra tecnología, otra forma de acciones repetitivas dirigidas metódicamente a fines, la sociedad quedaría tan rezagada como una aldea aislada entre impenetrables montañas, en una isla o

■■■■■

*Sin duda, todo ello ha posibilitado
la creación de nuevas y sofisticadas
formas de servidumbre humana,
donde lo cuestionable no es la
existencia o la promoción de las
sutiles técnicas educativas*

● ● ●

en medio de una densa selva, circunstancia que constituye uno de los rasgos típicos de toda utopía.

Si alguna vez hubo una oportunidad de “progreso” humano, ésta seguramente partió de la existencia de una pluralidad de comunidades, las cuales, a pesar de que posiblemente estuvieran formadas por élites a la manera skinneriana, exhibieron una variedad de adaptaciones diferentes a su desarrollo. Cosa que es importante, pues tal idea sobre la evolución refuta la filosofía de la planificación de Skinner. Es un hecho que históricamente la planificación exacerbante y tendiente a la homogeneidad de la totalidad del orden social no ha sido celebrada abiertamente en ninguna época, y sí ha llevado a su rechazo por parte de quienes la conciben como una reflexión sombría sobre la condición humana. Y, en este sentido, tal situación cuestiona la posibilidad de que las sociedades en el pasado hayan llegado a parecerse a las comunidades skinnerianas, inclusive en el caso de que sus intenciones fueran menos claras a ellas mismas o a otros conglomerados.

Por el contrario, la utopía que Skinner plasma en su novela, conlleva otro espíritu y el anhelo de otra cultura, quizás la de la Europa de la Ilustración—época entusiasta de la ciencia, la técnica y la planificación. No obstante, Skinner eligió deliberadamente como pilares de su sociedad ideal la eugenesia, la destrucción de la familia, la igualdad en el trabajo y la seguridad, la propiedad común y la planificación centralizada, con todo esto sorprendió escandalizando completamente a la sociedad democrática de la postguerra. Necesitó, pues, para conseguir hacer exitosa su teoría, enfatizar en el rescate de estas prácticas del desfiguramiento que de ellas habían hecho los nazis o los estalinistas. Y para ello tuvo que demostrar que, dada una cierta tentativa en su uso, tales prácticas contienen un potencial real que podría ayudar a sobrellevar o permitir superar algunos de los aspectos que más disgustan a la sociedad moderna.

Mas, con todo lo dicho hasta aquí, no se puede juzgar ni a Skinner ni a su novela o al conductismo en sí mismo, como pudiera pensarse, sino que cualquier cuestionamiento debe desplazarse a interrogar las condiciones hacia las cuales ha evolucionado la modernidad, y por las cuales se ha ido aceptando el fracaso del humanismo y de sus ideales de libertad y dignidad. De manera

que lo que se debe preguntar es por los motivos, los cambios y a quiénes les ha convenido que se permita o se tolere el uso de estas técnicas de control social como medio de solución a muchas de las incapacidades y problemas más elementales que afronta el mundo contemporáneo; lo que ha dado paso al desaliento por dirigir, aunque sea relativamente, nuestra vida individual y a esforzarnos cada vez menos por intervenir en la orientación que se quiere siga el orden social.

Sin duda, todo ello ha posibilitado la creación de nuevas y sofisticadas formas de *servidumbre humana*, donde lo cuestionable no es la existencia o la promoción de las sutiles técnicas educativas mediante las que se consigue hacer obedecer a los miembros de la comunidad, sino en el hecho de que estos mecanismos de control parecen estar siendo adoptados, aceptados y reclamados actualmente por las nuevas generaciones, sin ningún cuestionamiento, como si fueran una “forma natural” del vivir contemporáneo.

NOTAS

- ¹ SKINNER, B.F. *Walden Dos. Hacia una sociedad científicamente construida*. México: Ediciones Roca, 1987.
- ² Sobre la crítica a la propuesta de Skinner véase: W. S. Verplanck, *Burrhus F. Skinner*, en Estes, W.K., y otros, *Modern theory of learning*, Appleton-Century-Crofts, 1954; N. Chomsky, Recensión de B. F. Skinner *Verbal behavior, Language*, 1959 reprinted in *Readings in Philosophy of Psychology*, edited by N. Block, 48-63. Cambridge: Harvard University Press 1980.
- ³ SKINNER, B.F. *Ciencia y Conducta Humana*. Barcelona: Fontanella, 1974, p. 469.
- ⁴ Id., *Beyond Freedom & Dignity*. Indianapolis/ Cambridge: Hackett Publishing Company, Inc., 2002, p. 200.
- ⁵ SKINNER, B.F. Op.cit., 1987: p. 270.
- ⁶ Id., *Beyond Freedom*, Op.cit. p. 201.
- ⁷ Id. Ibid, p. 97.
- ⁸ SKINNER, *Walden Dos*, Op.cit. p. 269.
- ⁹ Id. *Beyond Freedom*. Op.cit. p. 40.
- ¹⁰ MARCUSE, Herbert. *El Hombre Unidimensional*. México: Joaquín Mortiz, 1968
- ¹¹ SKINNER, *Beyond Freedom*. Op.cit. p. 97.
- ¹² Id. Ibid, p. 99.
- ¹³ Id. Ibid. p. 41-42.
- ¹⁴ Aunque la diferencia entre *autoritarismo* y *totalitarismo* es apenas sutil, seguirá en este trabajo la distinción que señala Hanna Arendt (*Los Orígenes del Totalitarismo*, Taurus, México, pp. 2004, 32; 385 y ss.), consistente en establecer, que el autoritarismo se corresponde a formas tradicionales de dominación, en los que se conservan las clases sociales y se produce el dominio de una clase o un sector de clase asociado con otros sectores sobre el resto de la sociedad, son las tiranías o dictaduras, inclusive las monarquías absolutas y a veces se pueden ocultar dentro de regímenes democráticos o que aparentan democracia. Es decir, el autoritarismo es una extralimitación o un uso ilegítimo de la autoridad legal. Su intención es el sometimiento de los que no detentan el poder en forma arbitraria, pero sin destruir la estructura social, sin afectar la pertenencia de los individuos a esos grupos que la constituyen. Por el contrario, el totalitarismo se basa en la destrucción del tejido social (familia, grupos sociales, partidos), requiere de una completa atomización individual del ciudadano para luego transformarlo en gregario de la masa, así como la

presencia de una constante propaganda de terror y de temor al líder y al partido en prácticamente todas las actividades que se realicen y, por consiguiente, la intención de intervenir la vida de los individuos hasta en sus pensamientos más íntimos bajo la sombra de un poder total, único y legítimo que amenaza con la inminente e inevitable posesión de la totalidad del planeta.

¹⁵ Véase al respecto: <http://www.twinoaks.org/>

¹⁶ SKINNER, *Beyond Freedom*. Op.cit. p. 169.

¹⁷ HEGEL, G.W.F. *Fenomenología del Espíritu*. México: Fondo de Cultura, 2002, pp. 113 y ss.

¹⁸ HEGEL, Op.cit, 2002, pp. 113 y ss.

¹⁹ SKINNER, *Walden Dos*, Op.cit. p. 275.

²⁰ Id. *ibid*, p. 283

²¹ Id. *ibid*. p. 285.

²² SKINNER, *Beyond Freedom*. Op.cit. p.167.

²³ Este problema del despotismo benevolente ha sido, en términos generales, fuertemente discutido en defensa de las ideas liberales por Karl Popper (*La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Barcelona, 1994), por lo que no hace falta repetir aquí sus argumentos. Mas, sin duda aquí debemos remitir al lector a los estudios críticos de Michel Foucault (*Vigilar y Castigar*, Siglo XXI, México, 1980; *Seguridad, Territorio, Población*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004) acerca de la mirada totalizadora del poder, pero sobre todo a observar la forma como los mecanismos disciplinarios y de homogenización tradicionales que ejercían los gobiernos sobre los ciudadanos, se han ido desplazando hacia mecanismos cada vez más sofisticados y sutiles dirigidos a organizar y administrar las masas según las necesidades alimenticias, médicas o de educación y vivienda. Así las necesidades vitales (y las creadas por el consumismo) de las masas, transforman la noción clásica de *pueblo* en un concepto administrativo como es el de *población*, con el que se suplanta y diluye la insatisfacción o el deseo individual.

²⁴ SKINNER, *Beyond Freedom*. Op. cit. p. 104.

²⁵ Id., *Walden Dos*, Op.cit. p. 283.

²⁶ Id. *Beyond Freedom*. Op.cit. p. 136.

²⁷ Id. *Ibid*, p.173-174.

²⁸ Id. *Ibid*., p. 162. Lo subrayado es mío.

²⁹ Id. *Ibid*., p.163.

ABSTRACT

Luis Felipe Jiménez Jiménez. Education in a world of puppets: education and social control in the utopia of B. F. Skinner

The utopian novel of the psychologist B. F. Skinner, "Walden Two", conceived as a means to advertise a new model of technological control of human behavior, is a major paradigm of contemporary social and educational projects. Their adoption and adaptation in many of the most powerful sectors of the Western world, makes up one of the strong evidence of the crisis of humanism and the failure of liberal ideals. This analysis attempts to question the conditions and reality that has become possible to think that such a utopia is achievable and desirable.

Keywords: *Behaviour; Humanism; Utopia; Liberalism; Skinner.*

RESUMEN

Luis Felipe Jiménez Jiménez. La educación en un mundo de marionetas: educación y control social en la utopía de B.F. Skinner

La novela utópica del psicólogo B. F. Skinner, "Walden Dos", concebida como un medio para publicitar un nuevo modelo tecnológico de control de la conducta humana, constituye uno de los principales paradigmas de los proyectos sociales y educativos contemporáneos. Su adopción y adaptación en muchos de los sectores más poderosos del mundo occidental conforma una de las pruebas contundentes de la crisis del humanismo y el fracaso de los ideales liberales. El presente análisis intenta así interrogarse sobre las condiciones de realidad en que se ha hecho posible pensar que semejante utopía es realizable y deseable.

Palabras clave: *Conductismo; Humanismo; Utopía; Liberalismo; Skinner.*

